

Los vientos del cielo, mas que los impulsos de su voluntad, le llevaron á Damietta en vez de Alejandría. Apenas le vieron los habitantes de aquella ciudad se entregaron rendidos. Convenia mucho aprovechar las inmediatas consecuencias de aquella rendicion y dirigirse sin pérdida de momento á dar un golpe rudo y decisivo. San Luis lo queria y lo mandaba sin lograr que las gentes vulgares, incapaces de alcanzar su superioridad, lo obedecieran, como ansiosas por detener la marcha hasta despues de entrar á saco en la vencida Damietta y repartirse las ventajas de un cuantioso botin. La naturaleza reclamó, como tantas otras veces, sus incontrastables derechos. El suelo que recorrian los cruzados estaba todo él cubierto con las inundaciones del Nilo; y el paso era difícil y la marcha lenta. Sus cuerpos se hundian hasta la cintura en el barro; y sus cabezas se abrasaban al ardor de los fuegos griegos despedidos por los sarracenos. El cauce del rio les detuvo mucho tiempo; y no le pasaran jamás sin el auxilio de un beduino que les mostró seguro vado. Al frente ya de Mansura, objeto primero de este viaje, la vanguardia, mandada por Roberto de Artois, lanzóse á entrar por las puertas que vió francas, y entró en efecto; mas para morir allí con todos los suyos degollado por los árabes. Cuando el rey, que amaba tiernamente á este su hermano menor, supo tan triste fin, léjos de afligirse, conformóse con los decretos de la Providencia y recordó que el mártir estaba ya en el Paraíso. Digno de envidia ciertamente, pues le preservaba su temerario valor de ver las calamidades guardadas para los cristianos en la letal comarca de Egipto. Sin otro alimento á mano, debian estos comer los peces del rio nutridos por los cadáveres. Y tal comida les daba enfermedades terribles, la disenteria, el bubon, el escorbuto, la peste negra. Las encías les reventaban en la boca; las carnes se les despegaban de los huesos; y dicen los cronistas con esa sencillez propia de su oficio, que proferian quejas semejantes á las que profieren las mujeres cuando están de parto. Los muertos pegaban la muerte; y no habia medio de enterrarlos. En vano el rey abria sepulturas para los cadáveres. Tocarlos para darles tierra, equivalia completamente á sepultarse con ellos. La retirada se imponia como una necesidad incontrastable. El rey mismo iba á morir de inanicion, tanto que las mujeres le cogian como si fuera un niño y le llevaban de un punto á otro en brazos por no poder materialmente sostenerse de pié. Los prisioneros resultaron en tanto



LLEGADA DE SAN LUIS Á LA VISTA DE DAMIETA



Los vientos del cielo, mas que los impulsos de su voluntad, le llevaron á Damietta en vez de Alejandría. Apenas le vieron los habitantes de aquella ciudad se entregaron rendidos. Convenia mucho aprovechar las inmediatas consecuencias de aquella rendicion y dirigirse sin pérdida de momento á dar un golpe rudo y decisivo. San Luis lo queria y lo mandaba sin lograr que las gentes vulgares, incapaces de alcanzar su superioridad, lo obedecieran, como ansiosas por detener la marcha hasta despues de entrar á saco en la vencida Damietta y repartirse las ventajas de un cuantioso botin. La naturaleza reclamó, como es natural, sus inalienables derechos. El suelo que recorrian los cruzados estaba cubierto de inundaciones del Nilo; y el paso era difícil y la marcha lenta. Sus cuerpos se hundian hasta la cintura en el barro; y sus cabezas se abrasaban al ardor de los fuegos serenos despedidos por los sarracenos. El cauce del rio les detuvo mucho tiempo; y no le pasaron jamás sin el auxilio de un beduino que les mostró seguro vado. Al frente ya de Mansura, objeto primero de este viaje, la vanguardia, mandada por Roberto de Artois, lanzóse á entrar por las puertas que vió francas, y entró en efecto; mas para morir allí con todos los suyos degollado por los árabes. Cuando el rey, que amaba tiernamente á este su hermano menor, supo tan triste fin, lejos de afligirse, conformóse con los decretos de la Providencia y recordó que el mártir estaba ya en el Paraíso. Digno de envidia ciertamente, pues le preservaba su temerario valor de ver las calamidades guardadas para los cristianos en la letal comarca de Egipto. Sin otro alimento á mano, debian estos comer los peces del rio nutridos por los cadáveres. Y tal comida les daba enfermedades terribles, la disenteria, el bubon, el escorbuto, la peste negra. Las encías les reventaban en la boca; las carnes se les despegaban de los huesos; y dicen los cronistas con esa sencillez propia de su oficio, que proferian quejas semejantes á las que proferian las mujeres cuando están de parto. Los muertos pegaban la tierra, y no tenían medio de enterrarlos. En vano el rey abria sepulturas para los cadáveres. Darlos para darles tierra, equivalia completamente á sepultarse con ellos. La necesidad se imponia como una necesidad incontrastable. El rey mismo iba á morir de inanicion, tanto que las mujeres le cogian como si fuera un niño y le llevaban de un punto á otro en brazos por no poder materialmente sostenerse de pie. Los prisioneros resultaron en tanto



Imp. V.º Labiellé Barcelona

LLEGADA DE SAN LUIS Á LA VISTA DE DAMIETA.

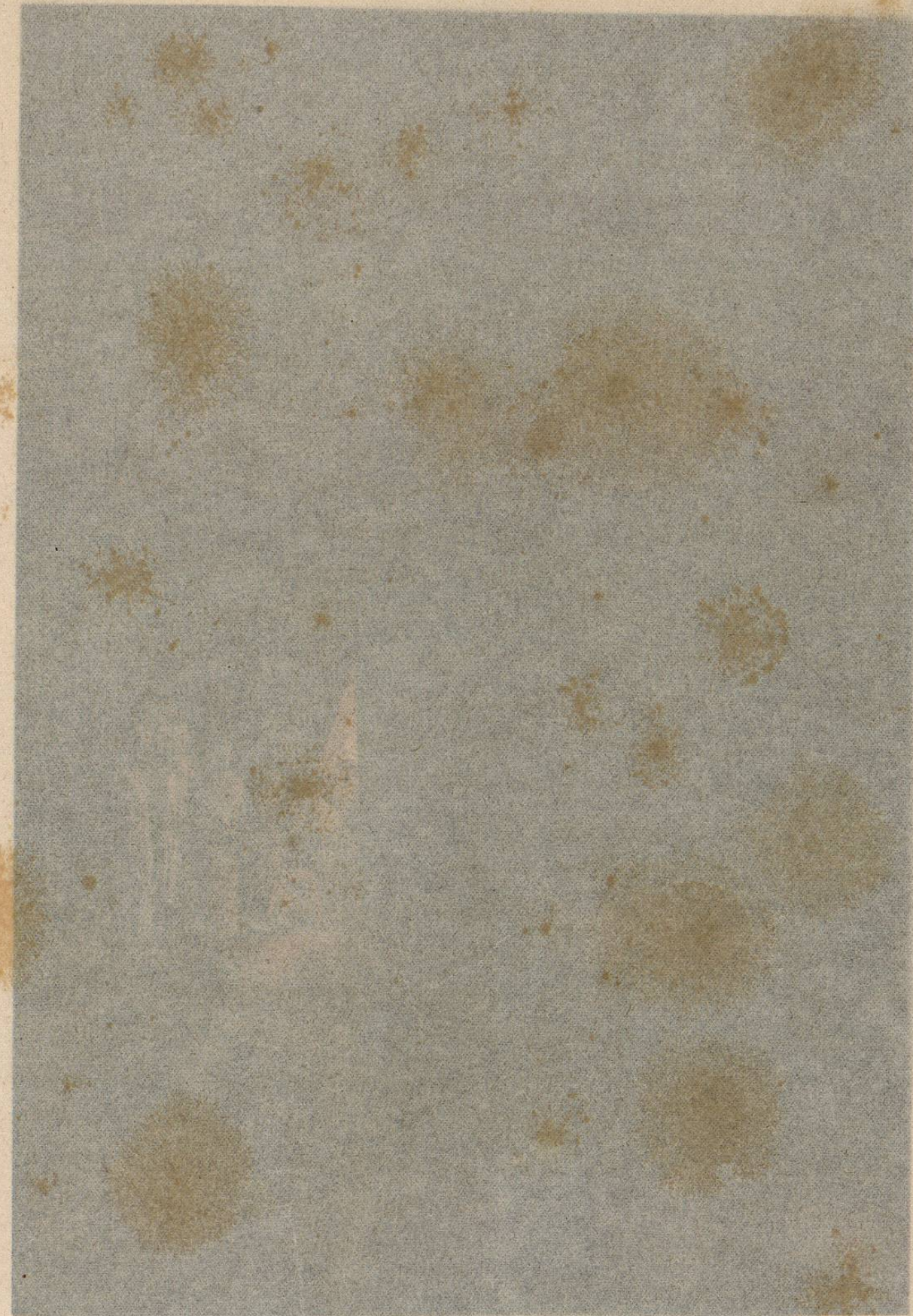


número que los infieles, no pudiendo alimentarlos, se desembarazaban de ellos degollándolos. Y prisionero, cautivo de los infieles cayó tambien el santo rey de Francia. Una pobre nave le sirvió de prision. Y el retroceso de Damietta á los infieles acompañado de una gruesa cantidad de oro le sirvió de rescate. El Sultan de Egipto habia ya consentido, mediante estas condiciones, en su libertad, cuando, enterados los mamelucos, á quienes debia su victoria, se opusieron con furor y le mataron sin piedad. Y despues de haber arrancado el corazon á su propio señor, entraron armados de sus hachas y las blandieron sobre la real cabeza, que llevaba aquella tan espléndida y santa corona. Los pobres cruzados se confesaban unos á otros, y se pedian mutuamente la absolucion, como si la proximidad del martirio los hubiera elevado á todos al sacramento del orden y á la autoridad del sacerdocio. La misma reina Margarita, que estaba en Damietta, tenia tal terror que obligaba á un caballero ochenton á estar velándola á la cabecera de su cama, mientras dormia con la mano puesta en su mano. Y si alguna vez se despertaba decíale con grande encarecimiento que si oia aproximarse á los moros, la degollase en el acto para no caer en sus manos. Y el caballero, no encontrando ninguna otra manera de consolarla, decíale que durmiese tranquila y segura de morir instantáneamente, pues ya mil veces así lo habia pensado. Por fin pagó San Luis su rescate, y dejando doce mil prisioneros en rehenes, volvióse á Francia tristemente á causa de la muerte de su madre, despues de haber pasado un año inútil y baldío en Tierra Santa. La poesía árabe cantó su cautividad y su rota, y mas de un pueblo cristiano las celebró con grandes y ruidosas fiestas cual si fuera el rey francés un perro musulman: que tanto predominaba ya sobre la religion la política en estos comienzos de la segunda mitad del siglo décimotercio, en que con lentitud, pero con fijeza, comenzaba el mundo á entrar en la revolucion.

Era imposible que un rey como San Luis permaneciese mucho tiempo alejado de la idea por excelencia que animaba su vida, de la idea de una gran cruzada religiosa. El Egipto, la tierra de los muertos, añadió á su natural heroismo profundo desprecio á la vida; la derrota y la pérdida de Damietta inspiráronle deseos de un desquite que compensara sus antiguas desgracias y le sirviera con Dios en la hora suprema de su último trance; la presencia en



Palestina, la tierra de los misterios y de los milagros, exaltó si cabia que se exaltase mas su arraigado misticismo; el desierto le imprimió su carácter hierático y profético; las desgracias, cada dia mayores de las ciudades santas, le movieron á nuevas empresas; y partióse con la seguridad de encontrar ó la corona de la gloria terrenal en el triunfo sobre los infieles ó la corona eterna en la derrota por la virtud santificante del martirio. Las naves genovesas recogieron sus ejércitos; y Cárlos de Anjou, su hermano, vencedor en Sicilia á la sazón, aconsejóle que se dirigiera á Túnez, ciudad necesaria, indispensable casi al resguardo de las costas sicilianas. San Luis acariciaba tantas ilusiones en su alma, exenta de pecado, que creia todo uno el presentarse en Túnez y el convertir al cristianismo el Sultan con solo su presencia. No participaban de estas ilusiones ni angevinos ni genoveses; y en cuanto llegaron á tierra cayeron sobre las ruinas de Cartago declarándolas su despojo y su presa. Inmediatamente despues de este fácil hecho de armas, notificó el Sultan al rey que á la cabeza de cien mil hombres se dirigia en su busca para combatirle y aniquilarle. No lo necesitaba en verdad. Ya se habia encargado de ello la implacable fatalidad de la naturaleza. El sol ardiente, el cielo abrasador, la tierra yerma, el aliento de fuego que exhalan los desiertos, los pestilentes miasmas de las lagunas, las encendidas trombas de arena calcinada, todos estos letales elementos que difundian la muerte en el laboratorio de la vida, diezmaron el ejército cristiano y dieron á sus terribles enemigos una fácil victoria. Murió el legado pontificio, murieron los mas valerosos caballeros, deshojóse tristemente la flor de la juventud francesa. Entre todas estas esperanzas por la fúnebre guadaña segadas cayó el hijo predilecto de San Luis, el nacido años antes en aquella misma tierra de Africa, su cuna y su sepulcro, el mísero Tristan. Ya no pudo mas aquel corazon tan grande, henchido, á pesar de su inmensidad, por la inmensidad del dolor. El gran representante de la raza latina moria en el mismo sitio donde tantas veces lucharon los latinos. Aquella Cartago que engendró al grande Anníbal, terror de los romanos; aquella Cartago, émula de Sicilia; aquella Cartago, á cuya tierra se abrazara Escipion y en cuyas ruinas se viera Mario proscrito y en cuyos alrededores se atravesara Caton las entrañas por no presenciar la muerte de la libertad romana; reducida en este instante á misérrima y estrecha porcion



MUERTE DE SAN LUIS